

LA OBRA LITERARIA DEL MARQUÉS DE SAN FRANCISCO

Por José Rojas Garcidueñas

Don Manuel Romero de Terreros fue fundamental y principalmente un historiador, tanto por el objeto y contenido de sus escritos cuanto por como él los consideraba y como se consideraba a sí mismo. Digo esto porque tuve el privilegio de conocerlo y tratarlo, desde tiempo antes de que ambos formáramos parte del cuerpo de investigadores de este Instituto.

Por eso estoy cierto de que, si hoy leyera el encabezado de estas líneas (que señala la intención de recordar su obra literaria), don Manuel con aquel gesto, simpático y bondadoso, tan suyo: sorpresa en la mirada, discreta y blanda sonrisa en los labios y un leve ademán, como de suave disculpa, me diría: ¡Pero, Bachiller; si yo no he sido nunca literato! Y yo le contestaría: Pues yo creo, estimado Marqués, que sí lo fue; porque cuando se ha escrito esos cuentos bien contados, esos relatos redondeados y vivos, esos estudios de letras, interesantes y claros, cuando en centenares de páginas se ha manejado el lenguaje de modo tan ameno, limpio y correcto, yo creo que se ha hecho obra literaria.

Sus particulares aficiones llevaron a don Manuel Romero de Terreros a escribir sobre temas de bibliografía, de heráldica, de genealogía, de costumbres y personajes de antaño; luego, de historia en los géneros de artes plásticas (especialmente pintura y arquitectura) y de las artes aplicadas o industriales, en las cuales casi solamente él, con don Manuel Toussaint y don Francisco Pérez Salazar, han hecho investigaciones en nuestro país. El campo de las letras, en sentido más estricto (investigación y creación), empieza el Marqués de San Francisco a cultivarlo, cuando ingresa a la Academia, con su estudio sobre el género epistolar, luego prosigue con algunas traducciones del inglés, con labores académicas de revisión y redacción de papeletas que nuestra Academia remite a la Real Española para ayudarla en su trabajo de mantener vigente el Diccionario de nuestra lengua; al mismo tiempo desempeña tareas pedagógicas, en cátedras de literatura inglesa y en redacción de libros de texto, antologías y prólogos sobre literatura castellana. Finalmente, ya en la segunda mitad de su vida, se decide a publicar algunas piecillas de teatro (en edición limitada) y algunos cuentos y relatos que había ido redactando, casi para solaz propio, a lo largo de años precedentes.

De las obras que considero más importantes, en esa tarea literaria, me ocuparé en los párrafos que siguen.

•

Don Manuel Romero de Terreros fue electo miembro Correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua el 11 de agosto de 1917 y luego Individuo de Número el 9 de febrero de 1918, sucediendo, en la silla número VI, a don Francisco del Paso y Troncoso; su discurso de ingreso, sobre el estilo epistolar en la Nueva España, lo pronunció en sesión del 22 de abril de 1919 y le fue contestado por don José López Portillo y Rojas, entonces director de la propia Academia.

El estilo epistolar en la Nueva España,¹ luego del elogio del predecesor académico, que es de rigor en estos discursos, comienza refiriéndose a las "cartas-relaciones" de Cortés, cuyas descripciones elogia, citando dos o tres fragmentos bien escogidos. Dos veces compara el autor a Hernán Cortés con Julio César y, tras de recordar las palabras de Bernal Díaz, asegurando que Cortés "era latino... y cuando hablaba con letrados y hombres latinos, respondía a lo que le decían en latín", añade el Marqués:

Yo tengo para mí que en sus mocedades estudió los *Comentarios* [de la Guerra de las Galias] y me atrevo a insinuar que a esta influencia se debió el frecuente uso que en sus cartas hizo de la *oratio obliqua*, al referir los discursos cambiados entre él y los jefes indígenas, y otras locuciones más, características de Julio César...

Páginas adelante del mismo estudio y refiriéndose, todavía, a los primeros días de la Nueva España, dice, en párrafos que prefiero textualmente citar:

...brilló en la nueva colonia una verdadera pléyade de escritores de cartas. Conquistadores y misioneros, virreyes y oidores dirigieron epístolas a monarcas y consejos; ya para hacer patentes sus servicios durante la conquista... ya para relatar los usos y costumbres de los indígenas; bien para hacer cargos o defensas, bien para exponer ideas acerca de las necesidades de la tierra... También se escribieron cartas colectivas de religiosos... En todas esas epístolas, el estilo es sobrio y conciso... pero debe tenerse presente que en la mayoría de los casos fueron meditadas antes o al mismo

¹ Publicado en: Librería de Pedro Robredo, México, 1919; luego en: *Memorias de la Academia Mexicana*, vol. ix, Editorial Jus, México, 1954.

tiempo de escribirse, y, por lo tanto, carecen de aquella espontaneidad que suele ser lo más atractivo del estilo epistolar...

Y después, tratando ya de los mediados del siglo XVIII, menciona:

Un curioso proceso, que existe en el Archivo General de la Nación, contiene numerosas cartas escritas por doña Teresa de Bustos² hija del Marqués de San Clemente, a su novio, un tal Valenchana. Están llenas de frases como *mi vida, mi cielo estrellado, dueño hermoso de mis ojos*, y cien más, dictadas por el amor de aquella niña que, como Julieta, había visto florecer solamente catorce abríles.

Otros muchos fragmentos cita, de cartas muy diversas: de cortejo amoroso, de cumplimiento y cortesía, de informes y comentarios sobre los sucesos en torno a la Guerra de Independencia, etcétera, procedentes, las más de ellas, del rico archivo de su propia casa; terminando con un hermoso párrafo de la carta que, ya en trance de muerte, redactó para sus hijos el primer conde de Regla don Pedro Romero de Terreros.

Interesante, discreto y correcto es ese estudio del Marqués de San Francisco, sobre el estilo epistolar en los tres siglos del virreinato.

Algunas traducciones de obras literarias hizo don Manuel, todas ellas del inglés, como *La bella dama sin piedad*, de Keats; *Los enemigos de la reina*, de Lord Dunsany, y otras. Su labor pedagógica de literatura inglesa, sobre todo en cursos especializados como el teatro isabelino, se prolongó a través de muchos años. De su obra escrita, dos pequeños manuales de texto hay que recordar: *A Brief Anthology of Mexican Prose*, con notas biográficas de los autores escogidos, editada por la Universidad de Stanford, California, y las *Nociones de literatura castellana*, que fueron publicados primero en México y al año siguiente en Boston.³

En las líneas preliminares de esas *Nociones de literatura castellana*, dice el autor: "Aventuro muy pocos, casi ningunos, juicios personales y me limito a beber en las fuentes que considero más puras..." No me parece ello censurable. El folleto, de 92 páginas, estaba destinado a texto de la clase de literatura en la Escuela Preparatoria, como guía para que

² Hay un leve error. El nombre correcto es: Teresa de Busto y Moya, gran benefactora del Colegio que es hoy Universidad de Guanajuato.

³ De éstas, como de todas las obras que aquí van citadas, juzgo superfluo dar las fichas bibliográficas completas, ya que ellas figuran en la "Bibliografía de Manuel Romero de Terreros", en: Suplemento núm. 2, del núm. 30 de los *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, 1961, pp. 9 a 42, que registra 469 fichas correspondientes a escritos del autor antes citado, desde 1905 hasta 1960 inclusive.

el alumno pudiese repasar el plan general, así como fechas, títulos de obras, etcétera. Lo que puede parecer extraño, en ese texto, es que más de un tercio de él esté dedicado a la literatura castellana medieval; la mitad, aproximadamente, a las obras y autores del siglo xvi al siglo xviii inclusive, una décima parte al siglo xix, y apenas unas cuantas páginas finales a los autores desde Rubén Darío hasta los que escribían hacia 1920, última fecha que allí se registra. Probablemente nuestro criterio actual sería precisamente lo contrario; pero el texto que escribió don Manuel tuvo las aprobaciones, que allí constan, de don Julio Jiménez Rueda, de Salvador Novo y de otras personas que eran, entonces, funcionarios de la Secretaría de Educación Pública, responsables de la enseñanza en las escuelas para las que dicho texto estaba destinado.

Breves estudios particulares redactó, como introducciones o prólogos, para obras histórico-literarias de Sigüenza y Góngora y del conde de la Cortina, en los respectivos volúmenes de la Biblioteca del Estudiante Universitario y, también, para las cartas de Frances Calderón de la Barca, conocidas bajo el título *La vida en México*, primero para la edición en español, que hizo la casa Bouret, en 1920, y más tarde, en inglés, para una editorial de Londres y Nueva York, en 1954.

Artículos sobre temas de letras y de libros escribió muchos, de diversa índole y extensión: desde unas pocas cuartillas sobre tal o cual asunto quijotesco, hasta cuestiones muy propias del erudito y *connaisseur* que fue en esas materias: así el estudio sobre *La biblioteca de Luis Lagarto*, las *Encuadernaciones artísticas mexicanas* y muchos más.

Su obra literaria, en sentido restringido, es decir dentro de alguno de los géneros de la creación literaria, está recogida en dos libros: uno contiene varias cortas piezas de teatro y otro en un volumen de cuentos y relatos; la poesía lírica o épica, más bien la literatura en verso creo que no la cultivó nunca, si lo hizo alguna vez (lo cual es probable), no recogió ni publicó sus poemas.

La puerta de bronce y otros cuentos, es un volumen de casi 200 páginas, de la Editorial Jus, S. A., México, 1957. He releído el libro con verdadero gusto, evocando a mi amigo el Marqués; en la hoja de guarda, con su clara letra, mi ejemplar tiene esta sencilla y amable dedicatoria: "Recuerdo afectuoso del Autor." Son diez y seis cuentos y relatos, escritos indudablemente en diferentes épocas; todos atrayentes, captan el interés y la atención; todos de muy grata lectura aunque, naturalmente, unos mejores que otros; y como estas líneas de ningún modo pretenden dar

un juicio crítico exhaustivo, no trataré sino de los cuentos que juzgo mejores, o que me gustan más, entre los que allí se encuentran.

Una partida de ajedrez. Está narrado en primera persona. En la primera parte, sus propios recuerdos de infancia: la nana india, paciente, cariñosa y hábil para resolver los problemas y curiosidades de los niños, la Hacienda de San Isidro Labrador (que es, indudablemente, una pura evocación de la gran hacienda que su familia poseyó), con su enorme casa medio convento, su capilla que "ostentaba enorme retablo de madera dorada, al estilo de churriguera, zócalo de azulejos y pavimento de losetas blancas y negras, alternadas..." y los sepulcros de los antepasados, en nichos con placas llenas de largos epitafios. Una vez el niño pregunta: "—Angustias, ¿qué hacen los muertos en la capilla en la noche?" Y la india, sin titubear, contestó: "—Juegan al ajedrez." Y como el niño veía, con frecuencia, a su padre jugando ajedrez con algún amigo, no se sorprendió: "Un juego en que dos señores se sentaban frente a frente, durante largo espacio de tiempo, sin proferir palabra y sin mover apenas las curiosas piezas de madera que entre sí tenían; un juego así, repito, me parecía más a propósito para muertos que para vivos; y la contestación de Angustias fue convincente."

Pasan muchos años. El niño, ya hombre y casado, vuelve de Europa; encuentra la hacienda administrada por un don Guadalupe Robles, de aspecto insolente y nada simpático. Llegó el día de San Isidro Labrador y la señora, madrileña, quiso que la fiesta del santo, patrón de la hacienda y de su ciudad natal, fuera en grande y solemne. Para la misa pontifical se adornó la capilla con las galas mejores, que el autor del cuento, tan sabedor de esas cosas, enumera con gusto: "Al caudal no despreciable de ornamentos y vasos sagrados, que a la hacienda habían donado mis antepasados, añadí yo gran acopio de objetos, hallados algunos en vetustas ciudades del país, traídos otros de la Península. Era especialmente notable mi rica colección de plata labrada; componíase de varias docenas de candeleros, grandes y pequeños, atriles, vasos y macetones ornamentales; no pocos blandones; algunos cálices y copones; y una custodia que me complacía yo en atribuir a Juan de Arfe y Villafañe. Pero lo que más me agradaba... era un juego de pebeteros que adquirí en Cintra. Obra de portugueses de pleno siglo XVIII, se comprenderá desde luego que tales perfumadores tenían que ser extravagantes; en efecto, medían más de medio metro de altura y afectaban la inusitada forma de pegasos, pero su labor era de tal modo acabada, que en verdad podían figurar en la mejor colección de objetos de arte."

En el arreglo del altar se estaba cuando, por algún motivo, entró el administrador, que se quedó sorprendido y empezó a mirar con evidente codicia toda aquella platería. Lo advirtió el dueño y tuvo la convicción de que Robles intentaría robarle; no pudo, en la noche, quitarse esa idea y al amanecer fue a la capilla. Los candeleros, macetones y demás, estaban en desorden por el suelo, pero bien puestos y en lugares adecuados un jarrón, un candelero pequeño y uno de los perfumadores, salvando una hilera de cuadros, arrinconaban a un blandón... ¡Los muertos habían jugado una partida de ajedrez!

Dominada la impresión, vueltas las cosas a su lugar, celebróse la fiesta y más tarde, crecidas las sospechas contra Robles, "resolví empaquetar mis antiguallas y remitirlas a México, cuanto antes..."

Pero aconteció que horas después, en la alta noche, todos los de la casona despertaron por espantoso grito que parecía salir de la capilla, acudió el señor, encontrando que: "... todos los objetos de plata, absolutamente todos, se hallaban amontonados bajo el coro, cercando, apriionando en el rincón, a don Guadalupe Robles, quien, con el cuerpo echado para atrás, extendía ambos brazos contra los muros de aquel ángulo de la capilla. Tenía los ojos fuera de sus órbitas, y todo su semblante era imagen del terror..."

El camino de los carboneros. Interesado en escribir la historia del acueducto de *Los Remedios*⁴ dice el autor que para ello hubo de consultar "el informe que, por orden del Oidor don Antonio Rodríguez del Toro y para conocimiento del Virrey Marqués de Cruillas, redactó en 18 de mayo de 1765 el Maestro Mayor don Ildefonso Iniesta Vejarano", en el que se menciona, como dato importante del lugar el "camino de los carboneros".

Tiempo después, una tarde, desde el Santuario de los Remedios, se fue caminando por el rumbo que el documento señalaba; pasado el acueducto preguntó a un arriero cuál era el camino de los carboneros; el hombre, con sorpresa, señaló una casi borrada vereda próxima, pero insistiendo en que no fuese por allí y repitiendo que "naiden va señor, naiden va". Sin hacerle caso, el narrador caminó hasta llegar a un lugar boscoso de pinos y encinas y finalmente a un claro donde estaba un hombre, vestido con desusados calzón y camisa a rayas, atareado penosamente frente a un horno, haciendo carbón; al dirigirle la palabra, el

⁴ En realidad así lo hizo, en su obra: *Los acueductos de México en la historia y en el arte*. Prólogo de Justino Fernández. México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1949.

hombre mirábale con asombro, fijándose en la indumentaria de quien le preguntaba, y apenas le informó que ese carbón era para la hacienda del Oidor Rodríguez del Toro... Un gran perro aulló y el hombre, seguido del perro, se perdió entre los árboles. Caía ya la noche y era imposible encontrar el camino de regreso; el narrador, desorientado, prefirió quedarse junto al horno, protegido por su lumbre. Durmió unas horas y, al amanecer, vio allí la pala que el carbonero abandonó al huir, pero ni él ni el perro volvían, los fardos de carbón habían desaparecido y el horno estaba apagado desde largo tiempo.

Luna llena. En una carretera, viajando con dos amigos una noche de plenilunio, empezó a fallar el motor del coche y finalmente se paró. Los amigos se dispusieron a arreglar el desperfecto y el narrador, que estaba sediento se encaminó a una casa de hacienda, que se veía próxima y con algunas ventanas débilmente iluminadas.

El señor que abrió la puerta le hizo pasar a la sala, que se veía destartalada: con alfombra desteñida y llena de agujeros, muebles "isabelinos" y "mesa de tortuga", un quinqué daba mortecina luz y a un lado estaba un viejo piano *Pleyel*. Bebió el gran vaso de agua que había pedido y, por no ser descortés, conversó un poco con aquel viejo señor "alto, calvo, blanca la tez, ojos profundos muy azules, y adornado su rostro con un par de hirsutas patillas, de esas que llaman los ingleses *Dundreary*..." Iba ya a despedirse cuando notó que el señor "tenía en el cuello una ancha raya roja", no cicatriz sino una herida pero sin sangre. En ese momento entró una joven muy hermosa y el señor la presentó como su hija... ella se puso al piano una partitura, cuya portada era una romántica litografía y cantó una suave canción. "Es Schuman, dijo el anciano." El visitante miraba, asombrado, que en la garganta de la joven aparecía una raya roja que iba ensanchándose, igual a la horrible herida que tenía su padre. El clímax llega en estas seis líneas:

...precisamente hoy [le dijo el viejo caballero] hace treinta años, y a esta hora, entraron a esta casa unos forajidos, y después de robar y destruir todo lo que pudieron, a mi hija y a mí (y le temblaba la voz) ... despiadadamente nos degollaron. Entonces creí que me hallaba en presencia de dos enajenados, y como en ese momento sonó la convenida llamada del claxon, salí, puede decirse que huí, precipitadamente de aquella casa.

Más tarde, al regreso, al pasar por el mismo sitio ni siquiera se veía la casa, pero se acercaron los tres amigos y entre ruinas de muros y

pedazos de una viga, estaba “la rota portada de la canción de Schuman...”

Los cristales de don Guillén. En la universitaria Salamanca del Tormes, don Guillén de Olave, tenido por mago y hechicero, practicaba la astrología judiciaria, era rico y de grandes influencias que lo libraban de la Inquisición.

Una muchacha, enamorada de un estudiante, quiere conocer el horóscopo de su amado; don Guillén le pide tres escudos de oro y la aturde con su charla sobre el origen extraño y los poderes mágicos del cristal de una esfera que allí tiene, por medio de la cual podrá saberlo todo, pero haciéndole ver que sus revelaciones pueden ser gratas o no serlo; la doncella, angustiada, prefiere no saber nada y se marcha. Llega después un joven, noble alumno del Colegio de los Irlandeses; es el enamorado de la muchacha. Don Guillén le saca, igualmente, tres escudos, le habla mucho de las virtudes de aquellos cristales mágicos, le asegura que su amor es profundamente correspondido (en lo cual no miente, pues acaba de saberlo), también lo atemoriza antes de predecirle su porvenir, de modo que el estudiante prefiere no conocerlo y se fue. “...don Guillén... se arrellanó cómodamente en su sitial, cerró el volumen en lengua hebrea que permaneciera abierto sobre su mesa, y prosiguió con gran fruición la lectura de un libro de caballerías...”

Es éste el único cuento, de los diez y seis del volumen, que no toca lo misterioso ni lo espantable. Como se ve, se trata de un hábil pícaro que, por lo demás, gana buenos dineros sin engañar a nadie, solamente con la “escenografía” de su habitación, su gran facundia y su fama de astrólogo y mago. Un cuento ágil y bien contado, con tática y fina ironía.

Xalpa. Este relato lleva una nota al pie, que dice únicamente: “Sucedido real.” Eso mismo me afirmó el Marqués, cuando me obsequió su libro, refiriéndome, de viva voz, los sucesos del relato, acaso el mejor de esa breve recopilación.

Cuenta, allí, que el administrador de la hacienda de Xalpa (propiedad de los Romero de Terreros desde el siglo antepasado) era “don Francisco Ramírez Prieto, hombre de edad y excelente persona...”, con poco qué hacer ya que la ruina de la hacienda, deshecha por el agrarismo, casi no le dejó más funciones que vigilar el “caserón que construyeron los jesuitas a fines del siglo xvi, y muy especialmente, cuidar la barroca capilla, panteón de los antiguos dueños de la hacienda... Don Francisco Ramírez Prieto, por lo tanto, dedicaba la mayor parte del día y no pocas

horas de la noche, puesto que se acostaba muy tarde y se levantaba muy temprano, a la lectura, devorando, puede decirse, libros y revistas en español y en francés, lengua ésta que entendía bien y hasta hablaba un poco. No así el inglés, que ni conocía ni le interesaba".

Una noche de tormentas y lluvia furiosa estaba el administrador ya preparándose a dormir cuando fue llamado por el mozo velador, que decía que allí estaban "dos *gringos*, que no sé qué quieren". Ocurría que una joven pareja de norteamericanos, cuyos impermeables chorreaban empapados, había llegado buscando gasolina para su coche, que se había quedado parado en el camino, no lejos de la puerta de la hacienda. Como ellos casi no hablaban español ni el administrador inglés, tuvieron que entenderse con señas y ademanes. Don Francisco les dijo que allí no había ni una gota de gasolina, pero que podía darles albergue y al día siguiente enviaría a un mozo a conseguir gasolina en Teoloyucan, advirtiéndoles que podía ofrecerles camas con colchones pero sin sábanas ni cobertores. Aceptaron los visitantes, sin duda contentos de estar bajo techo en noche tan feroz.

Al día siguiente, el muy madrugador señor Ramírez Prieto se sorprendió de encontrar ya en el corredor a sus huéspedes. Los americanos en inglés y a señas, y en español y con ademanes don Francisco, tuvieron una especie de diálogo y aquellos lograron medio explicar que no habían dormido, pero que no tuvieron frío ni las camas eran malas ni había moscos ni ratones, hasta que: "Súbitamente, recordó el Administrador que tenía por ahí un pequeño diccionario inglés-francés, y fue en su busca. En cuanto el librito estuvo en manos del viajero, éste se puso a hojearlo rápidamente, en busca de una palabra, y en cuanto la encontró, la mostró con el índice a su anfitrión. Era ésta: *Ghosts*."

Así, pues, todos menos uno son cuentos y relatos de sucesos sobrenaturales o extraños o inexplicables. Por eso en el último de ellos (*Luna llena*, antes citado), el autor termina recordando la repetida frase de Shakespeare: "Y más de una vez ha venido a mi mente lo que Hamlet decía a Horacio: *En el cielo y en la tierra hay cosas que ni siquiera sospecha tu filosofía*."

Como cuestión marginal cabría preguntarse: ¿fue el ambiente infantil, lleno de viejas tradiciones, en su casa y en su hacienda de Xalpa?, ¿fue su educación juvenil oxfordiana y su vasto conocimiento de la literatura inglesa, rica en obras excelentes de terror y de espectros?, ¿fue todo eso y gusto propio lo que determinó la preferencia de don Manuel Romero

de Terreros por los cuentos y relatos de asunto misterioso y personajes sobrenaturales?

•

Casi al iniciar estas líneas acerca de la obra literaria de don Manuel apunté que ella estaba en muchos de sus escritos, que tienen finalidades históricas o críticas: así en muchas semblanzas de personajes, en muchos cuadros o estampas de costumbres de antaño, que se encuentran en *Cosas que fueron* y *Ex Antiquis*,⁵ y también en varios de sus estudios sobre arte colonial, todos ellos bien escritos y algunos particularmente logrados.

De esto último puedo dar yo testimonio, del que quiero dejar aquí constancia, para terminar estas líneas en la misma forma personal en que las he iniciado.

Muchas veces dije yo a don Manuel, con leve aire de broma, pero muy en serio, que él era el "culpable" de que yo escribiera algunas de las cosas que he escrito, refiriéndome a mis notas y estudios sobre temas, de arte o de letras, de la época virreinal. "¡Pero, qué culpa tengo yo!", me contestaba el Marqués, con su bondadosa sonrisa. Y yo le replicaba que, si yo andaba metido explorando aquellos andurriales del virreinato, era, en gran parte, por la atracción que desde mi adolescencia sentía hacia ellos, leyendo en la biblioteca de mi colegio aquellos tres tomitos (el diminutivo es por su reducido formato) de *Arte colonial*, que él publicó, sucesivamente, en 1916, 1918 y 1921; y fue en aquellas lecturas, hace más de cuarenta años, seis o siete antes de conocerle personalmente, cuando empecé a aprovechar algo del mucho saber del Marqués de San Francisco.

Nunca fui su alumno, porque no asistí a sus cátedras, pero siempre me he considerado su discípulo, por lo que de él aprendí en sus obras y en las conversaciones y trato que tuvimos, a lo largo de muchos años, especialmente desde que con gran frecuencia nos reuníamos en la Facultad de Filosofía y Letras y en el Instituto de Investigaciones Estéticas.

Sus preferencias lo llevaron a ser, como antes dije, un historiador; pero de la especialización, en el sentido riguroso que hoy suele dársele,

⁵ *Ex antiquis*, publicado por Fortino Jaime, en Guadalajara, en 1919, fue reeditado con el título *Bocetos de la vida social en la Nueva España*, Editorial Porrúa, México, 1944. Entre ambos sólo hay esta diferencia: la segunda edición suprime el penúltimo artículo o capítulo de la primera, que es un esbozo, ilustrado con un retrato, de la que fue Marquesa consorte de Herrera y, por propio derecho, segunda Marquesa de San Francisco.

y de sus consiguientes limitaciones, lo salvaron desde un principio y hasta el final de su larga vida, la sólida formación humanista que recibió en su juventud, la amplia cultura que sobre aquellos buenos cimientos siguió construyendo para sí mismo y su sereno buen gusto.

Por su nacimiento, por su educación, por sus conocimientos, por su vida limpia fue el Marqués de San Francisco don Manuel Romero de Terreros y Vinent un caballero cabal, un escritor que dejó larga y fecunda obra y, para mí, un respetado y muy estimado maestro y amigo.